



Fragmento de la novela

“FANTASIA EN NEGRO

Y CANELA” de Armando Romero

(primera parte del Capítulo Cuarto)

El viejo mago decía que el sabor de un vegetal indica el hambre que lo devora —recordó Roque sentado en el comedor de la casa de Floresta, almorzando.

—¿Y el sabor de un animal? —preguntó Floresta.

160

Roque sonrió. Algo que sentía como respuesta también lo había leído en un libro antiguo: los residuos del animal contienen formas primarias del alma que lo conforma: formas que se adhieren a quien come y sólo es posible desprenderse de ellas por el dolor, la angustia, la agresión, el sufrimiento.

—Perc, ¿el sabor? —insistió Floresta.

—El animal no tiene sabor, es el hombre el que lo inventa.

Floresta, con un muslo de pollo en la mano y su tremenda sonrisa, se escapó hacia la cocina en busca de la salsa.

Mediodía.

Hace unas horas, desde el centro de la tierra, una bola en principio diminuta ha comenzado a crecer y va al encuentro de otra bola que desde el centro del cosmos se acerca paulatinamente; es la búsqueda de dos bestias rojas que comienzan a llamarse a esa ho-

ra precisa: mediodía. El calor, en bocanadas, desnuda los cuerpos y los esconde en procesión bajo los aleros. La flor del hocorno se abre en perceptible exposición lenta y envuelve a todos en su aroma irrespirable.

Floresta regresa de la cocina con el plato de salsa en la mano. En el camino ha abandonado la camisa sobre un asiento y allí queda ésta como la bandera de una batalla eterna, casi perdida. Roque, a la disposición del café caliente, cuando ya ha sucumbido a la tentación de las plantas dice:

—Uno entiende que en la cárcel la cosa tiene que ser diferente.

Floresta lo mira.

—¿Por qué? —pregunta.

Roque nunca estuvo allí. Lo sabe. Hablar de situaciones extremas sin conseguir para ello la comprobación máxima: el sufrimiento del cuerpo y la mente dentro de una jaula, el aullido loco de los brazos inmóviles. Pero, ¿es eso todo?

—Presiento que en la “cana” uno le debe encontrar sabor hasta a los muros pelados.

—No —dice Floresta—, la cárcel es un ruido sin sabor en las orejas.

El estuvo allí. Lo sabe. Y ahora tienen que detener

el tráfico de mil ideas —utilizar el leve chasquido de los labios en el “pito” que se termina de fumar sólo en el momento cuando el fuego débil del extremo se fortalece ante la acción incomparable de los pulmones: Floresta, sin camisa, con alpargatas de fieltro claro en los pies redondos y negros, con seriedad de buda bíblico enseñando un ombligo en el cual hace girar la tierra, la comida abandonada sobre el plato, el fuego que ilumina la cara, y al momento de terminar sobando un dedo con el otro: la mirada se levanta y se pierde dentro del cuarto donde esconde muñecas y cajas y vino espeso.

Porque mil ideas, pensamientos, le han venido como argollas que cruzan los agujeros de orejas y narices, pendiendo como espejos que reflejaran el sarcasmo de una realidad desesperada que ahora lucha por implantarse para tirarlo fuera de su círculo, él, Floresta, sentado frente a Roque en la mesa mientras come y fuma, y se revuelve hasta que le quedan como un tirón de flechas —no todas dieron en el blanco— los recuerdos, la sala de presos comunes a donde lo llevaron ese día y mientras la sirena aullaba por las calles, las mismas calles que se quedaban en fragmentos verticales, él se repetía estúpido para el mundo, para él.

Roque sintió que la frase era dura, un lanzaso que un caballero comedido dispara casi contra su otro yo en medio del campo, porque a pesar de que cada vez que se tocaba el tema-cárcel él se estremecía comprobando el terrible estremecimiento de todas sus columnas, era cierto que Floresta nunca agredía en esa forma, introvertido dentro de su gran sonrisa al fin, y lo que trataba de encontrar era pie para sumirse en los recuerdos. Sí. Roque lo conocía y colocando una piedra sobre otra para la pirámide de la memoria lo rescataba tejiendo nubes de cristal en un cielo no siempre despejado:

En ese entonces lo agarraron desprevenido; era la ironía de alguien que llega la noche anterior sollicitan-

do el favor de guardarle ese paquetico, cinco kilos, y tener que decirle que sí, sólo porque la extraña solidaridad quiere nivelar la justicia de unos para otros. Había colocado la yerba sobre el hueco común del techo, pero alguien antes de salir, midiendo lo que necesitaba, le dijo que de todas maneras armaran algo para el curso siguiente y él, Floresta, bajó esa parte del paquete que fue la que encontraron a la mañana, la que le costó dos años, preparar con relativo gusto las canciones para las fiestas en el pabellón de los más condenados, pelear con gavillas que zumbaban en la noche: despertares y reconocimientos: caer en el piso con la boca sangrando.

Roque dijo:

—Te entiendo. Pero lo que trato de explicarte es que hay que ir a la búsqueda del verdadero sabor: los vegetales lo tienen. Del sabor se va a las sensaciones y de las sensaciones al placer y del placer a los deseos y de los deseos a la crisis y de la crisis a la revolución y de la revolución a la catarsis y de la catarsis a la nada y de la nada al sabor de la nada y del sabor de la nada a la claridad y de la claridad a la vida y uno no tiene que arrepentirse.

161

—Es el ruido que te quita todo: el ruido de los pestillos que se cierran: el ruido de metal sobre metal —replicó Floresta—. La cárcel es otra realidad metida en el mundo de los hombres. La mayoría de nosotros tratamos de desconocerla, pero hasta que nuestras libertades sean de todo espacio y tiempo, tus verdades no dejarán de ser relativas y, a veces, falsas. Eso me lo enseñó ese ruido del que te hablo, hermano.

“Dos años”, dijo el juez. Fue el final de 6 meses de espera y era como ganar el proceso, dijo el abogado defensor de oficio a su mujer pálida y llorosa contra los escritorios de caoba vieja, porque a pesar de que el juez continuó: “a trabajos forzados en la penitenciaría de Araracuara”, se supo que debido a su voz y afición para preparar espectáculos con sus cancio-

nes, lo dejarían en una celda común de la cárcel de La Ciudad para poder contener, de vez en cuando, la agresividad de los otros presos, y también porque sus músculos, astucia y conocimientos: si era que podían comprar todo eso que Floresta no estaba dispuesto a vender: les dijo que nó, simplemente, que se fueran para el carajo, aunque le dieron golpes prometiéndole el cielo de su infierno, como si todo fuera tan fácil, hijos de puta, entonces le daban más golpes, pero terminaron por dejarlo tranquilo sobre la lona de su celda y hasta allí fue todas las noches por dos años, aunque regularmente tuvo que salir al palco con sus canciones.

Roque decidió el silencio por un rato aprovechando que la mujer de Floresta vino a recoger los platos, y el sol, como todos los días de trópico dormilón, se empecinaba en subirle sueño a los párpados. Floresta, frente a él, mastica el extremo del pucho encendido que huele a plantas y libros viejos. Ya no está más en la cárcel, Roque lo supió porque entre una fuerte bocanada y otra todavía más fuerte salió de las volutas con una sonrisa y la cara flácida como si hubiera tomado un baño turco para contrarrestar el calor o la pesadez de malas digestiones: emergía Floresta del calor como un cucarrón que encuentra al fin el espacio vacío y decide visitar al infinito no importándole ternura ni distancia: su rostro era la paz de quienes conocen el calor como vida y como muerte.

—Caha Palma: Agua Parada que Cae de lo Alto —dijo Floresta creando un torbellino dentro de su propio humo.

Meses atrás Damaris recordando su fecha le había llevado de regalo un libro y aunque él no leía mucho, ya que se trataba de ella, hizo excepción y lo leyó de punta a punta, sin omitir solazarse con los dibujitos y las extrañas inscripciones. Damaris le había regalado el Popol Vuh presintiendo que todo iba o venía de lo mismo.

Roque, debido a que siempre andaba deseando contagiar su afición a las plantas, le regaló por la misma fecha una variedad cuasi-mutada de espliego cuyas florecillas azules tendían al morado y se erguían sobre la matera penetrando todo con su aroma y posibilitando toda suerte de zuhumerios. Floresta lo recibió con orgullo de quien se siente depositario de algo valioso y las sembró en la baranda que daba al patio: baranda que el mismo Roque le ayudo a acondicionar para que sirviera de división y matera a la vez. Sin embargo, y a pesar de que a raíz de la lectura del libro de Damaris la había bautizado como Caha Palma: Agua

Parada que Cae de lo Alto: mujer de Balam Quitzé: una de las cuatro primeras mujeres que fueron creadas, y que sus referencias de perfume y sahumerio lo llevaban a secretas ilusiones, Floresta permitió que la planta creciera y cayera a su antojo en el patio, desbordando la baranda, y allí sobre viejas maderas podridas continuara creciendo, enredando cada vez más su compleja formación. Al cabo de un tiempo las flores de morado intenso fueron padeciendo poco a poco y llegaron a un blanco de posibilidades variables, es decir, un blanco que bien puede llegar, por la fuerza de las cosas, a rojo-bandera-de-incendios o a azul-cielo-de-ruina-maya. Roque se preguntaba, mirándola mientras regaba su jardín que colindaba con el patio de Floresta, qué extraños motivos habían decidido que esa planta completara su anormal ciclo en el suelo de Floresta y por qué entre más descuidada andaba tornaba sus flores y hojas más y más suaves. Un día descubrió que había desaparecido y corrió inmediatamente a buscar a Floresta alarmado por el suceso. Este lo recibió con tranquilidad y le dijo simplemente que la había vendido al mecánico de la esquina.

—Pero....—no acertó a más Roque.

—Sí. El quiere regalársela a su mujer porque ella ama las cosas suaves.

Roque, sabiendo bien como se empinaba Floresta

sobre las cosas, comprendió que secretos disimulaban un gesto comprensivo y espero que pasara el tiempo para descubrir el enigma de la flor de espliego.

—Agua Parada que Cae de lo Alto —dijo Floresta.

—Caculha Huracán el Rayo de una Pierna —le recordó Roque indagando.

—“No he de irme sin probar de este fruto, que no moriré por ello” —recitó Floresta otorgándole una clave.

—“Levantaos, árboles! Levantaos, enredaderas!” —comprendió por fin Roque dándole una palmada en la espalda a Floresta quien ya se cogía las palmas atronadoramente.

En el coro de la risa fueron caminando hasta el patio donde se calmaron viendo las piedras blancas de jabón del tendedero y los alambres que sostenían en equilibrio a varias palomas torcazas.

Roque supo allí el por qué del empecinamiento de Floresta en volver a conseguir por métodos ocultos la mutación de la planta y el subsecuente fracaso que motivó que aquel día, cuando esperaban sentados en el pequeño corredor que sigue el zaguán oscuro y largo, en una banca de madera, y con los ojos pegados a un árbol de fruto dulce que se asomaba al patio, Ergio dijera “Tiene la esmeralda, tiene el caldero, tiene el fuego, tiene todo el mercurio que pudimos conseguir, y ahora se encierra dentro de ese cuarto, quiere que no lo miremos, y nos hace esperarlo como si fuéramos humo para unirnos a sus especulaciones”. Presentía Ergio, no sin cierto dolor, que a Floresta le era imposible conseguir la perfección vegetal donde confluyen todos los fuegos de las estrellas, el Misterio Magnum, la Luz. Y acertó, pensaba Roque, porque proponerse la creación es sólo una parte de su logro y no su totalidad. Sin embargo Floresta había aceptado el fracaso considerado que era una lección de la tierra y su derrota se emparentaba con la sonrisa con que se deshizo de los elementos y continuó atendiendo el bar como si nada.

En un rincón del patio, camuflado entre la zarza y las piedras, Heliobaldi intentaba volar. Su cuerpo adoptaba con lentitud una por una las posiciones que había ido desarrollando al paso del tiempo con el propósito de conseguir su perseguido anhelo.

Floresta y Roque, ensimismados en sus pensamientos y cavilaciones, y además porque era difícil verlo a simple vista, no percibieron su presencia hasta que ya era demasiado tarde. Heliobaldi, en el colmo de la frustración y el desaliento, los miraba fijamente todavía perpetuo en una posición indescriptible.

Floresta tomó por el brazo a Roque y amagando que no lo veía trató de dar la espalda. Inútil. Heliobaldi se incorporó rápidamente y a grandes zancadas atravesó el patio, pasó por el lado de ellos ocultando su cara, y sin decir palabras se fue atravesando la casa hasta que al final de la puerta se estrelló contra el pestillo.

Armando Romero